

El viaje lento y largo

por
Felipe Sassone



¿Se viaja ahora más que se ha viajado nunca?... Tal vez sobren los signos interrogantes, porque lo que preguntamos podría ser, por el contrario, una afirmación. Por otra parte, en este caso, el adverbio de tiempo resultaría a la vez vago y absoluto, sin razón, porque quien esto escribe, para apreciar el auge de los viajes y las transformaciones de su tipismo y de las circunstancias de sus comodidades, sólo podrá referirse a un poco más de medio siglo y remontarse al primer día—uno del año 1885, cuando apenas contaba ocho meses de edad—, en que la ajena voluntad de sus padres, grato capricho, que después se convirtió en voluntad propia y consciente, le hizo empezar sus andanzas, todavía no del todo abandonadas, de trotatierras y cruzamares.

Sí; se viaja cada día más. No hace falta que nos entremos en un laberinto de razones psicológicas; bastará comprobar el hecho, y puede comprobarlo cualquier habitante de cualesquiera grandes ciudades de Europa y de América, observando el crecimiento progresivo de las llamadas poblaciones flotantes. Se viaja más, por el aumento y la mejor calidad de los medios de locomoción; pero como con ello ha aumentado también la rapidez, porque el hombre inventó la prisa, que no le hacía ninguna falta, y como no es precisamente lo mismo viajar por el placer del viaje que trasladarse de un lado a otro por necesidad, pudiéramos volver del revés la afirmación para decir que hoy se viaja menos que se ha viajado nunca. Porque se viaja más en aeroplano que en barco, y menos en tren que en automóvil, y casi se ha perdido la alegre, curiosa y heroica alegría de andar. ¿Quién se acuerda de aquel tipo de *globetrotter* inglés, tocado con un *salakof* y calzado con botas de siete leguas, en bandolera el binóculo y apercebidos en los bolsillos el frasco de *whisky* y las píldoras de quinina? Robinson Crusoe naufragó ante una isla y se quedó mucho tiempo en ella, y, sin embargo, es, después del Ulises homérico, el rey de los viajeros.

Un poeta francés, cuyo nombre no recuerdo, pero que no fué Alfredo de Musset, según muchos creen, escribió aquello tan repetido de *Partir c'est mourir un peu*. La observación es aguda y certera, porque en efecto, partir es cambiar, y en todo cambio se muere algo, y es triste; pero llegar es también morir un poco, y es triste, porque es acabar. El encanto del viaje está en el viaje mismo, en viajar por viajar, sin fin determinado, sin interés de ir a parte alguna, por el placer de ver, de contemplar y de cambiar el ritmo de la propia vida. El buen viaje debe ser un ejercicio de libertad para poder detenernos en cualquier momento, en cualquier sitio donde nos brote del alma la vieja exclamación de Horacio: *Angulus ridet, este rincón me sonríe*. Porque ello será, en cierto modo, detener el instante que huye—y éste era el sueño del Doctor Fausto—, en el placer quieto de la contemplación, y poder olvidar el dolor de haberse alejado y la impaciencia febril de llegar, que son dos grandes zozobras, nostalgia y esperanza, en el fondo ansiedad, porque la nostalgia está llena de pena y la esperanza puede estar llena de temor. Por eso, si la tristeza del viaje es la ausencia y su consuelo el retorno, la belleza será siempre del camino. Pero, ¿importa mucho el camino en el viajar moderno? No; importan mucho más la prisa y la comodidad.

En los primeros meses de mi infancia me trasladaron a Europa desde América, desde el puerto de El Callao de mi Perú natal, en un viaje lento y largo, por dos mares, Pacífico y Atlántico, con una faja de tierra en medio, cambiando de barco después de haber cruzado en un trencito de trocha angosta, cojitranco, ansioso, asustadizo y gritón, el istmo de Panamá. La travesía duró cuarenta días. Ya mozo, cumplí por mi voluntad el tornaviaje y navegué muchas veces entre América y Europa, también por otros caminos, el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes, cuando no me atreví a transponer los hielos de la

por
Francisco
Primer



herejía—, que, por el contrario admiro su invención y me conviene su comodidad y apruebo su utilísima eficacia. Pero en el avión no viajamos; nos trasladan sin el encanto del camino, porque todos los aeródromos son parecidos y todos los aeroplanos iguales por dentro, y casi no sabemos de su vuelo, porque el ave maravillosa, en el momento de embarcar, nos traga, si no por el pico, por debajo de una de sus alas, y nos lleva en sus entrañas. Bien está el aeroplano, sin olvido del automóvil; pero mejor aun, para el placer de viajar, el barco y el ferrocarril. ¿Cómo preferir la prisa de la necesidad a la lentitud del desinterés curioso? ¿Dónde noches como las marineras, en la variedad y unidad, siempre igual y siempre nueva, del azul sendero innumerable, ni más sensación de infinito que bajo la silenciosa música pitagórica de las estrellas? Y aquel viajar en el vagón de ferrocarril modesto, en que soportamos la incomodidad del asiento por el embrujo del camino, mirando la variedad de acuarelas que se pintan en el cristal de la ventanilla. Perspectivas profundas. El horizonte se agranda y se nos vuelan hacia él los ojos, y con los ojos el alma. A veces las montañas cierran el horizonte y lo limitan. Las montañas nos parecen expresivas, como rostros de viejos que guardan tesoros de experiencia; están llenas de arrugas y nos hablan con gestos inmóviles. En la ciudad nos habíamos olvidado del cielo y del campo, y aquí nos llenamos de azul. Bajo el azul, prados y campos verdes; entre la ensalada de verdura, las zanahorias de los tejados. Viajamos por nuestra España, lentamente. Una casita blanca, allá lejos, como una sábana puesta a secar. El mar de algodón de un rebaño que ondula como al compás del bronce tembloroso de las esquilas. La talla de madera de un pastor. Un castillo ruinoso muerde el cielo con los dientes de sus almenas. Xilófonos de cigüeñas. La sierpe de un riachuelo corre a esconderse entre la hierba. Unas vacas barcinas, como de cuadro holandés, miran pasar el tren con ojos tranquilos y tiernos. De repente un largo resoplido de la máquina; un jadeo y un estremecimiento; las lanzas verdes y blancas de unos álamos y una estación de paredes renegridas de humo y leprosas de desconchaduras. Pasean por el andén unas señoritas, desesperadamente solteras, que miran hacia el tren con los mismos ojos de las vacas. Hay muchas mujeres tristes y castas que tienen ojos de vaca mirando el tren. Cae la tarde. Mejor dicho, suben las sombras y se quedan inmóviles en el campo las enormes violetas de los molinos. Las vacas barcinas se vuelven rojas y moradas como en un óleo impresionista. Cierra la noche, y nos complace perforarla con la flecha luminosa del tren. La máquina lanza sus *confetti* de fuego, y los violines de los grillos empiezan su nocturno monocorde. Soñamos despiertos. Recordaremos después. ¡Soñaremos toda la vida!

Todos los medios de locomoción son buenos, según los emplee el trabajador, el necesitado, el poeta, el soñador, el curioso o el andariego. Y bueno el andar a pie. Recordemos a aquel inolvidable Antonio Machado, que iba soñando caminos de la tarde—«los verdes prados, las polvorientas encinas»—, y tras de preguntarse, «¿adónde el camino irá?», seguía soñando viajero a lo largo del sendero...

Chesterton decía que se viaja lejos de la patria para volver a ella. Decía admirablemente: se viaja para amar a la patria y para conocerla, y nunca se la ama tanto como cuando de ella nos separan grises montañas y verdes océanos, y nunca se la conoce tan bien como cuando se vuelve de la ausencia a mirarla con ojos nuevos.

Si; partir es morir un poco; llegar es morir un poco; pero regresar es volver a vivir, y se vuelve a vivir con el recuerdo, y el recuerdo lo da el camino. Viajar no es correr, no es pasar, no es mudarse de sitio. Viajar es caminar.

cordillera de los Andes, de Chile a La Argentina, a lomos de mula precavida y cautelosa. No había otros medios de locomoción. Sólo mucho después subí y bajé en barco, por el milagro de sus esclusas, las maravillosas escaleras de agua que partieron el istmo, sin determe en el viejo Panamá, como otras veces, a la sombra de los cocoteros—decoración de zarzuela para *Los sobrinos del capitán Grant*—, entre nubes de mosquitos hostiles y zumbadores. Si alguna vez me detenía era ya en la flamante República panameña, completamente saneada, donde hablaban inglés los mozos del gran hotel, y los betuneros, y los barberos, que tenían en las muestras de sus peluquerías, a guisa de anuncio, un pequeño mástil de madera, pintado de blanco y azul y constelado con las estrellas de la insignia de los Estados Unidos. Insisto en que me detuve siempre donde quise, y una vez, en Europa, me quedé cuarenta días en Angulema, hasta que se acabó el vino tinto que me servían en la fonda, que en toda mi vida lo he bebido mejor. No tenía nada que hacer en aquella ciudad francesa y me pasaba las tardes en la Biblioteca Nacional, donde me leí todos los volúmenes de *Las vidas paralelas*, de Plutarco. Me convertí momentáneamente, sin saberlo, entre los libros y el vino, en aprendiz e imitador de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En mis tiempos mozos no había en los trasatlánticos, qué digo radio, pero ni siquiera telégrafo sin hilos. No sabíamos nada de nadie ni de lo que ocurría en el mundo; no estábamos en ningún sitio, estábamos en el mar, y el viajar, viajar auténtico, tenía el encanto poético de una evasión lírica. Otras veces estábamos en muchos sitios día tras día, porque los vapores que salían de El Callao hacia el Pacífico, ya por el norte, cuando por el sur, iban caleteando de puerto en puerto, y los del Atlántico se detenían en parajes pintorescos. Aun recuerdo la isla de Jamaica, con sus negros anfibios, limosneros del mar, que se zambullían bajo las crespas olas, para pescar con los dientes las monedas de cobre que les arrojábamos desde la borda. Después supe de los grandes viajes en trenes de lujo, con sus coches con largos pasillos, con *restaurant* y *sleeping*. Ahora mismo recuerdo el paraíso ambulante de aquel famoso *tren azul*, tan de moda en los tiempos de la otra gran guerra; aquel tren que nos llevaba de Londres a Cannes, de París a Veintemilla, de Veintemilla a Montecarlo, de Calais al Mediterráneo. El había vencido en mí el recuerdo del renqueante trencito panameño; pero el trencito renqueante había a la vez antes sustituido la diligencia trotona y campanillera y el viejo coche llamado familiar. Después vino el automóvil, la más bella invención de este siglo, el vehículo del viajero libre que puede detenerse a capricho donde se lo pida el deseo, y ahora ya el avión rápido, cómodo, hecho para el traslado más que para el viaje, que va por el camino azul... y no tiene camino. Es decir, no tiene más camino que el de dos momentos, el del partir y el del llegar. Evoco mi último viaje aéreo, la vuelta a Madrid desde Roma, una mañana de primavera. Cuando llegábamos íbamos como colgados del aire, sobre el latino mar Mediterráneo, un mar lejano y sólido, de lapizlázuli, olas pequeñas, velas triangulares, como sorbetes, y después sobre el mantón alfombrado, pardo y bermejo, de la tierra castellana, juguetería minúscula de espadañas y cigüeñas amarillos, de chopos blancos y cintas plateadas, de vacas y rebaños polvorientos, como de *belenes* de Navidad, la tierra de España, que más bien parecía que se acercaba a nosotros que no nosotros a ella, y de pronto, ya corriendo sobre ruedas sin alas, nos encontramos en el corazón de Madrid. Habíamos venido a la turquesa matinal de la primavera desde el zafiro nocturno de Roma, a la fuente de Neptuno desde la Fontana de Trevi, y una pila de náyades, por el camino azul, en un vuelo de cuatro horas. Pero no habíamos visto el camino.

Observe el lector cómo no abomino del avión—Dios me libre de semejante

